

Enrique Molina

Falsa valoración de pueblos y de hombres

En el acto de homenaje a José Martí, el héroe cubano, celebrado hace poco en la Universidad de Chile, uno de los discursos estuvo a cargo del señor Manuel Rojas. Fué un discurso con el nervio y el robusto estilo que es la prosapia de este reputado escritor. Pero en él, al lado del elogio del héroe del día, se hizo particularmente también el de las revoluciones y los revolucionarios, aduciendo en favor de esta tesis una especie de filosofía de la historia (llamémosla así) muy rudimentaria y muy falsa y una caprichosa estimación de los valores humanos.

Si esa pieza se hubiera publicado en una hoja de propaganda revolucionaria no habría nada que decir. No vamos a discutirle a nadie su simpatía por las revoluciones y esas hojas se han fundado precisamente para hacer de la historia y de la actualidad política y social una interpretación *ad hoc*, adecuada a los fines de subversión que persiguen. Pero el discurso en cuestión ha salido a luz en el primer número de la Revista de la Sociedad de Escritores de Chile, o sea, en el órgano del gremio de hombres cuya función social debe ser, por asunción de ellos mismos, el ejercicio de la razón, de la inteligencia ilustrada y bien informada. Creemos que es un caso en que procede aplicar aquello de «nobleza obliga».

Vamos a hacer, pues, el análisis de los conceptos a que nos

referimos únicamente desde el punto de vista de su valor intelectual como interpretaciones de la realidad. No nos detendremos a considerar lo funesto, lo insano en algunas circunstancias, de una propaganda hecha en el sentido indicado, ni en los horrores por que pasa España en estos momentos ni en las tragedias de la revolución rusa. Ocuparémonos sólo de confrontar los supuestos del orador para ver si se ajustan a la verdad y a una buena información.

Dice el señor Rojas:

«En la historia moderna los pueblos se valorizan, más que otra cosa, por las transformaciones sociales que han realizado. ¿Por qué Rusia atrae hoy las miradas de todo hombre culto no ligado a intereses de partidos o de clases?—Por su revolución.—¿Por qué Francia tiene en el presente y en el pasado tan inmenso prestigio?—Por su revolución.—¿Por qué Méjico es, entre todas las naciones de Hispanoamérica, la que más atracción posee?—Por sus revoluciones».

No me explico por qué el distinguido orador no ha extendido su admiración hasta la China, que se debate desde hace tantos años en perpetuas revoluciones.

La forma en que se refiere a Rusia y Méjico corresponde a un fenómeno real. Luego nos ocuparemos de lo relativo a Francia. Ha dicho el señor Rojas que Rusia «atrae las miradas» y que Méjico es de «las naciones hispanoamericanas la que posee más atracción». En efecto, es propio de nuestro espíritu sentirse atraído por los dramas y tragedias de los hombres, hasta por los episodios sangrientos. En la plaza de toros, el público apostrofa a gritos como cobarde al matador que no se expone a ser ensartado por los cuernos de la fiera. Nos gusta lo que sacude nuestros nervios en un plano espectacular. Seguimos así con interés las revoluciones como igualmente las guerras, sin que esto signifique en sí mismo una situación ventajosa en ningún sentido, ni un índice de mayor progreso para los pueblos que las sufren o atraviesan por ellas. Los ojos del mundo entero estuvieron fi-

jos durante los meses recién pasados en Etiopía, a quien Italia hacía la guerra y nada había de envidiable en el estado de ese país objeto de todas las miradas.

La atracción que ejerce Méjico por sus revoluciones no implica tampoco de ninguna manera que sea superior en los verdaderos valores de la vida, al Brasil y a la República Argentina, por ejemplo, países menos convulsionados por contiendas civiles. Las revoluciones de Méjico no significan un antecedente por sí solas para que florezcan en este país una mayor cultura y mayor prosperidad y que sus habitantes gocen de más bienestar y felicidad que en los dos grandes pueblos sudamericanos nombrados.

¿Quién va a negar que, en gran parte, «los pueblos se valoricen por las transformaciones que han realizado?». Pero, ¿por qué ha de ser menester llevar a cabo esa acción social transformadora dentro de la vorágine de trastornos sangrientos? Inglaterra, Suiza, Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega, Nueva Zelandia, Australia han efectuado más progresos sociales, sin convulsiones sangrientas, que los países que suscitan admiración tan grande en nuestro orador.

Sus pueblos gozan de una cultura media más elevada y de mayor bienestar sin duda que los de Rusia y Méjico, y probablemente que el de Francia.

Pueblos hay ciertamente que no se transforman y en cuyo seno no prospera tampoco el germen revolucionario por atonía, por falta de dinamismo, por atraso general, en una palabra. En cambio otros, según queda dicho, han sido capaces de realizar la más acabada evolución progresista de nuestros días sin trastornos revolucionarios. Estos son los verdaderos modelos que ofrece la historia a las naciones nuevas. No los destinos atormentados de Rusia o de España. Me refiero a la historia de estos países desde principios del siglo XIX hasta nuestros días, llena de luchas corajudas, desesperadas y sangrientas con los resultados que sabemos. En Inglaterra no ha habido ni guerra civil ni revo-

lución alguna desde el siglo XVII y se ha ido con paso seguro mucho más lejos en adelantos de todo orden y en poderío. ¿Por qué no atender a las necesidades del progreso, a las reivindicaciones justas y al mejoramiento de las clases populares sin luchas de odios enconados y sin desquiciamientos sociales de proyecciones trágicas y de proporciones imprevisibles?

Juzgar del valor y adelanto de los pueblos por el ruido que hacen en el mundo con sus revoluciones es un criterio bastante superficial. Se me antoja algo semejante al de ciertas comadres que aprecian la importancia de los individuos por la frecuencia con que aparece su nombre en la prensa diaria. Pobre cartabón. Es sabido que salen a luz muy de tarde en tarde los de los grandes trabajadores que son los que más hacen en realidad por el progreso y bienestar del conglomerado social.

El señor Rojas ha dicho que «el inmenso prestigio que ha tenido y tiene Francia en el pasado y en el presente lo debe a su revolución». Su fervor revolucionario ha llevado al señor Rojas a caer en este increíble despropósito.

Francia es ciertamente la patria de la Declaración de los Derechos del Hombre, con las ondas de sus vastas consecuencias que llegaron a casi todas las playas del mundo. Es la tierra donde floreció la Marsellesa. Pero es todavía más, muchísimo más que eso. De inmediato es Napoleón, hijo de la Revolución, pero que se montó sobre ella, como Alejandro sobre Bucéfalo, para ir a la conquista del mundo. Napoleón refrenó y encauzó la revolución, tomando del antiguo régimen cuantas prácticas e instituciones consideró aprovechables. Como siempre, después del caos y de la anarquía revolucionaria vino la dictadura.

Además el mérito de la revolución es un asunto que se viene discutiendo desde hace más de cincuenta años por los franceses mismos y no va en camino de quedar pronto resuelto. Después de las historias ditirámicas de Thiers, Michelet y Lamartine aparecieron la monumental obra de Taine y en nuestros días las de Bainville y de Gaxotte que la han criticado a fondo. Natu-

ralmente, defensores ha tenido a su vez el drama revolucionario y los más autorizados de ellos han sido entre los contemporáneos los historiadores Aulard y Mathiez. Todo esto nos indica por lo menos que hay motivos para reflexiones.

Pero supongamos que no hubiera la menor discrepancia entre los espíritus franceses para apreciar ese gran episodio de su historia. Aun en tal supuesto no sería éste sino un florón en la aureola de universal renombre de que goza Francia.

Su prestigio no lo debe Francia al drama que se empezó a desarrollar en 1789 sino a su civilización, de la cual dicho drama, por considerable que sea su importancia, no es sino uno entre muchos otros elementos. La civilización francesa sume sus raíces en plena Edad Media, más de seis siglos antes de la Revolución. Empieza con brillo su fama por lo menos cuando Abelardo congregaba en el siglo XII en los claustros de Nuestra Señora de París y de Santa Genoveva, la mayor cantidad de estudiantes que se juntara entonces en Europa a escuchar lecciones de Filosofía. En el siglo XIII se funda como resultado en parte de la cooperación de estudiantes y maestros la Universidad de París, que desde el primer momento es un centro que irradia luz y ejemplos a todo el continente. De la misma época datan las maravillosas catedrales de Francia: Nuestra Señora de París, Reims, Amiens, Chartres. La Edad Media se cierra con el sacrificio heroico y el nacionalismo místico de Juana de Arco. La sangre de la doncella de Orleans fecunda el suelo francés. Es la simiente de la unidad que constituirá uno de los factores de la grandeza de la Francia.

Durante el Renacimiento y los tiempos modernos, monarcas y particulares continúan la construcción de monumentos arquitectónicos. Ahí están los magníficos palacios convertidos hoy en día en museos, llenos de tesoros artísticos: el Louvre, Versalles, Chantilly, Luxemburgo. Sin estos palacios, y muchos otros más y viejos castillos que sería largo enumerar, sin las catedrales mencionadas, sin las inapreciables colecciones de belleza pictórica,

escultural y arqueológica contenida en sus museos, no gozaría Francia del prestigio que la realza.

No sería Francia tampoco lo que es sin Rabelais ni Montaigne, sin la tragedia clásica de Corneille y Racine, sin la comedia clásica de Moliere, sin Descartes ni Pascal, sin Boileau y sin ninguno de los demás escritores y poetas del Siglo de Oro o de Luis XIV. El Gran Siglo, como también se le llama, dió su forma y su estilo al espíritu nacional, hecho reconocido aun por los republicanos y librepensadores; hizo de la Francia la patria de la gran tradición humanista y heredera de los prestigios de Atenas y Roma. No sería Francia lo que es tampoco sin la política de Luis XIV, de cualquiera manera que se la juzgue, y sin la de sus grandes precursores: Enrique IV y Richelieu. Ellos aseguraron a su patria el lugar eminente que desde entonces ocupó en Europa. Estos son hechos y personalidades anteriores a la Revolución.

También son anteriores e integran con valores insustituibles el alma de la Francia el fino espíritu de Montesquieu, la espléndida prosa, risueña o burlesca de Voltaire, la verba ardiente de Diderot y el sentimentalismo de Juan Jacobo. No empece que estos hayan allegado el fermento de sus críticas sociales al descontento que vino a parar en el estallido revolucionario.

Veamos después del gran drama. El prestigio de la Francia lo han formado sus hombres de ciencia como Lamark, Cuvier, Bernard, Pasteur, Berthelot, Curie, Poincaré. Sus filósofos, entre estos Augusto Comte, cuya divisa era «Orden y progreso». Agreguemos a Renouvier, Boutroux, Guyau, Bergson y Brunschwig. Este ha dicho que el concepto conductor de la filosofía francesa es «la idea, a la vez positiva y generosa, de una razón que ha resuelto firmemente no ser más que razonable», fórmula que no puede ser menos revolucionaria. Sus grandes escritores, como Renan y Taine, francamente antirevolucionarios; como Bourget y Daudet; como Anatole France, que hizo la sátira del Terror y de la Revolución en su novela «Los dioses tienen sed»;

continuadores todos de la gran tradición humanista y mantenedores de la claridad y mesura que distinguen al genio francés. Han contribuído, en fin, a formar el prestigio de la nación francesa, que hemos examinado casi a vuela pluma, sus poetas, sus artistas, algunos de sus hombres de Estado y sus grandes jefes militares: legiones de individualidades, de las cuales no pocas han juzgado a la Revolución en términos desfavorables.

Entender, pues, que el prestigio de la Francia se debe a su revolución es hacer descansar sobre ésta, por grande que sea su significado, algo que la rebalsa y sobrepasa; es una interpretación que no aceptará, me imagino, ni el francés más apasionadamente revolucionario, porque sentiría menoscabada a su patria. Es una expresión que puede estar bien a lo más para un discurso de 14 de julio.

* * *

¿Qué decir ahora del otro postulado, corolario del anterior, que da la primacía a la acción revolucionaria sobre la creación intelectual, poética o literaria? Principia el orador por enaltecer en Martí al revolucionario en desmedro del escritor y del poeta, cuestión que no vamos a entrar a dirimir; pero luego pasa a aplicar en nueva escala de valores a distintas individualidades y dice: «De esta manera el pueblo de Chile no sabe sino en ínfima proporción quien era o si existió don Alonso de Ercilla y Zúñiga; igualmente ignora la existencia de don Mariano Egaña; pero sabe demasiado bien quien era Caupolicán y no olvidará nunca a Manuel Rodríguez, a pesar de que el primero no era poeta ni de que el segundo escribió Constitución Política alguna».

Todo esto es seguramente muy cierto; pero no arguye nada en cuanto a los valores efectivos de los personajes nombrados. Lo único que queda probado es la ignorancia del pueblo de Chile que desconoce al autor de la primera epopeya castellana que,

escrita en nuestra propia tierra y siendo para la nación chilena una especie de *Iliada*, nos ha dado en América una gloria única. Ignorancia es también, y tal vez ingratitud, no saber del nombre del principal autor de la Constitución Política que asegurara al país durante un siglo una solidez institucional ejemplar en el continente. Pero ¿por qué detenerse en Egaña y en Ercilla? Es posible que el pueblo no conozca los nombres de Andrés Bello y de Miguel Luis Amunátegui que no fueron revolucionarios. ¿Y se podrá comparar la obra llevada a cabo en pro de nuestra civilización por esas dos ilustres personalidades de nuestras letras con la del famoso guerrillero? Estimar, como es justo en mucho menos la de este último no significa desconocer ni su patriotismo ni su heroicidad. O comparemos a Bello y Amunátegui con un esclarecido revolucionario contemporáneo, con Pedro León Gallo. Sin pretender amenguar en lo menor el civismo y la abnegación de Gallo es claro que éste no puede tampoco sostener el parangón con aquellos eminentes propulsores de nuestra cultura.

La historia es más justiciera que el señor Rojas. Nadie recuerda los nombres de los muchos revolucionarios griegos, salvo tal vez Pelópidas y Alcibíades, y subsisten como faros inextinguibles de la cultura griega, y ya de la cultura humana, Esquilo, Aristófanes, Sócrates, Platón y Aristóteles, que fueron resueltamente, doctrinariamente, antirevolucionarios. Y los caudillos nombrados, Pelópidas y Alcibíades, se han salvado del olvido, porque su recuerdo encontró un regazo seguro en la obra tranquila de escritores como Platón y Plutarco

No admite comparación en la Edad Media la obra enorme e imperecedera de Santo Tomás de Aquino y del Dante con el brillo fugaz del revolucionario Rienzi.

En los tiempos modernos, no hay revolucionario por eminente que sea que pueda competir en altura y trascendencia espiritual con Goethe que, en su condenación de las revoluciones, llegó a decir que prefería una injusticia al desorden.

A las masas populares se les debe sin duda mucho para que alcancen un nivel humano de bienestar y cultura, pero no se las puede convertir en jueces de valores personales relacionados con las manifestaciones más elevadas de las letras, de la poesía, de las artes, de la filosofía y de las ciencias. Son estas las flores más delicadas de la creación humana que no se pueden apreciar sin espíritu cultivado. Son tal vez un lujo; pero ellas ennoblecen la vida y, a la corta o a la larga, van, en su fecunda acción refleja, a beneficiar indirectamente a esas mismas masas con más eficacia que la retórica declamatoria de agitadores y demagogos.

¿Y cuál será la posición del artista mismo, del hombre de letras, de ciencias o de estudio, ante la posible valoración de la obra que se encuentra en trance de producir? Lo mueve el íntimo afán de dar expresión a su propio ser y también el de servir al mundo en que vive. ¿Qué aspiraciones lo guiarán en su labor? ¿Buscará una garantía de inmortalidad en halagar determinados sectores de opinión, sean éstos populares o aristocráticos? Proceder así sería empañar la honradez de su labor, sería incurrir en una forma de vicio semejante a la que un escritor francés ha llamado la traición del intelectual (1), digamos la traición del trabajador de la inteligencia, en que éste incurre cuando abandona su camino de servir a los valores del espíritu y toma por los desvíos de las malas pasiones, de la violencia, de la ambición o del interés. El creador espiritual no tiene que ir sino tras de hacer obra de verdad y de belleza. Siendo un honrado servidor de estos ideales traerá también más justicia entre los hombres. Ahí caben los latidos comprensivos de todo dolor y de toda miseria. Lo demás no importa.

(1) Julien Benda, «La trahison des cleres».